



ieeba

Instituto de Estudios
Estratégicos de Buenos Aires

INSTITUTO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE BUENOS AIRES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE VILLA MARÍA.

Jornadas sobre la Guerra en el Atlántico Sur.

Sexto Encuentro: 28 de Agosto de 2000

Disertante: Grl. Brig. (R) Heriberto J. Auel

“LA GUERRA DEL ATLÁNTICO SUR”

Dedico especialmente esta conferencia a los héroes vivos de Malvinas y en particular, a los que se encuentran aquí presentes. Quiero agradecerle a los dueños de casa ésta iniciativa de tratar pormenorizadamente un tema tan caro a nuestros sentimientos y además, la invitación que me han formulado, que me honra.

La visión que voy a desarrollar de la guerra del Atlántico Sur, no es la acostumbrada.

No realizaré un análisis de los aspectos anecdóticos u operativos y tácticos. Enfocaré los valores centrales en juego, buceando en la ola profunda que produjo el “detonante” de la crisis, en un momento histórico muy grave, dentro del proceso centenario de la decadencia argentina.

El análisis estratégico exige una visión global y realista. Este se alcanza con la apertura de la estructura del concepto funcional, de lo “sustantivo” del hecho que traemos al foco de nuestra atención.

Nuestras dirigencias se caracterizan por el vuelo bajo. No miran hacia delante. Se concentran sobre su propio ombligo, tratando los problemas urgentes, no los importantes, en un país en crisis, sin destino, sin objetivos en el largo plazo, sin horizonte. La Argentina vive en aislamiento, ajena a la evolución internacional. El individualismo, como degradación cultural, ha llegado a niveles que rozan la descomposición de nuestra identidad y la coherencia de la Nación.

Vamos a intentar aproximarnos a la génesis de los problemas argentinos.

No nos detendremos en las consecuencias de las crisis. A éstas las conocemos muy bien, pues las sufrimos a diario. Pero, si no atacamos las causas que las originan, las crisis seguirán, cada vez más graves, hasta su implosión, que no pareciera lejana.

La Estrategia de Estado es una ciencia y un arte que instrumenta la “acción política”, en particular aquella que conlleva conflictos. Los conflictos son connaturales con la vida. Sólo en los cementerios no hay conflictos. Ahora bien, ¿cómo debemos encaminar la solución de los conflictos?. Lo inteligente es preverlos, para eludirlos. El hombre que busca el conflicto es

tonto y si es político, es perverso. Está en juego la sangre de su pueblo. El hombre inteligente prevé evitarlos. El hombre político, desde el Estado, desarrolla la Defensa Nacional, para administrar la Paz. Cuando el conflicto no encuentra solución negociada, razonable y el objetivo en juego es irrenunciable, se recurre al empleo de la fuerza: estamos en presencia de la guerra.

Un cuerpo débil, sin defensas, llama a la enfermedad.
Un Estado débil, sin defensas o en “indefensión”, llama a la guerra.

En la imposibilidad de lograrse la “complementariedad” con la voluntad inteligente opuesta – y ahí está la figura del conflicto- agotadas las posibilidades de negociación y del poder coactivo, se recurre a la fuerza. Para ello hay que estar preparados.

La complejidad de una guerra no acepta improvisaciones.

Cuando hablamos de una comunidad, nos referimos a una sociedad que tiene fines en común, ideales e intereses compartidos. No hacemos referencia a un “pueblo-arena”, sino a un “pueblo-roca”, a un pueblo cohesionado por sus objetivos políticos, por sus intereses e ideales comunitarios, para ejercerlos en libertad y en la diversidad. He allí el rol del Estado-Nación como organización jurídica que, a través de las instituciones, posibilita la vida sinérgica, armónica, entre los conciudadanos y entre los pueblos. Así se alcanza la Paz.

Queda dicho, en consecuencia, que la Gran Política es la inteligencia de ese instrumento jurídico que llamamos Estado Nacional y que éste imprescindible medio opera a través de las instituciones, para alcanzar un destino comunitario.

Cuándo no hay “Sistema Político”, no hay “mecanismos de acuerdo social” para soslayar los conflictos, naturales en la relación humana. Surge entonces el drama del “conflicto social”, que puede ser generalizado. En el ámbito interno es la “guerra civil”, originada en la disfuncionalidad del “sistema político”. Cuando se da entre actores internacionales, estamos en presencia de una guerra regional, generalizada o mundial.

La impronta del “sistema político” está en el “sistema social”. En éste reside una cultura, una ética, una identidad, todas ellas previas y necesarias al “sistema político”. En la cultura están los valores, las creencias que nos dejaron nuestros mayores, nuestros ancestros: es la Patria. Allí reside nuestra soberanía. Allí está lo permanente. Lo que no debe ni puede cambiar. De ahí la importancia de los abuelos en la familia, el conocimiento de nuestros próceres y héroes en el proceso de nuestra formación. Pretender golpear sobre los valores de nuestra cultura, quebranta nuestra ética. La corrupción consecuente, arrasa con nuestra soberanía.

Si hay valores, ética, moral pública y privada, tenemos la posibilidad de una Gran Política. Sin ética, no hay “sistema político”, por cuanto éste no se acopla al “sistema social”.

Surge el conflicto, la crisis permanente, la decadencia. El Estado, sus instituciones; se pervierten. Malversamos sus funciones: usamos las fuerzas armadas para gobernar, el poder judicial para hacer negocios, el legislativo para repartir dádivas, etc. Al degradar a nuestros valores, perdemos la identidad, el sentido de pertenencia, “la moral social”. No sabemos quienes somos ni hacia adonde vamos. El Libertador ya lo observaba en sus tiempos:

“Serás lo que debas ser o no serás nada”.

¿Quién quiere relacionarse con alguien que no tiene perfil, que no se sabe quién es, que no se sabe adonde va?. Entre Estados pasa lo mismo. Una cultura débil, no tiene inserción internacional. Carece de alianzas.

Esta larga introducción tiene como objetivo dejar claramente expresado que nuestra crisis permanente, tiene raíz cultural-política. La masa de los que estamos aquí, somos descendientes de europeos. Yo no tengo sangre española ni india, pero soy hispano-criollo, culturalmente. Atado a la tierra que me vio nacer por un idioma y una religión que me incorporan a una tradición que vino de España y se mezcló sincréticamente con lo que había en América. Esa resultante cultural, soy yo; somos nosotros. Cuando nos apartamos de esa tradición, perdemos nuestra identidad. Tomamos valores que no nos pertenecen. Dejamos de ser lo que debemos ser. Vamos a misa, comulgamos, salimos del templo y votamos por el aborto. “No ser nada”, equivale a ser una contradicción que camina, por incultura, por falta de claridad conceptual.

Hemos padecido una confusión *políticamente dramática*, que nos llevó a la guerra civil. No se diferenció adecuadamente a **la cultura de la civilización**.

De la primera, ya hemos hablado. Vayamos a la segunda:

¿Qué es la civilización? La civilización es el progreso, impulsado por el conocimiento científico-tecnológico. Es lo instrumental, que cambia dinámicamente y es el cambio que debemos acompañar, reformulando los instrumentos de la acción comunitaria, para acondicionarnos a los tiempos.

Una confusión absurda nos llevó a confrontar nuestra cultura raigal con el cambio propio de la civilización, en vez de hacerlas funcionales, armónicas y dinámicas. Así emprendimos la inicua pugna entre “*civilización o barbarie*” o entre “*libros o alpargatas*”.

La Argentina original, culturalmente fuerte, expansiva, centrífuga, se hizo débil, contractiva, centrípeta. La Argentina, progresivamente se hizo “políticamente inculta” y se ausentó del progreso “de la civilización”. *Entró en la noche de la confrontación social y en la decadencia*.

Lentamente; por ser un país naturalmente rico, si bien sin dirigencias lúcidas, se apartó de los “conceptos funcionales, cabalgó sobre utopías. *No enfrentó al futuro*.

Aquí es donde quiero detenerme, en esta palabra clave, que desearía repetir ante los jóvenes estudiantes: **el concepto**.

El concepto de las cosas, el mapa mental de una idea, el entender la naturaleza de las cosas. Ese conocimiento práctico, que nuestros abuelos manejaban con sencillez, buscaba la verdad en la realidad. En la esencia, que cita el profesor de lógica o filosofía. Lo que hace que una cosa sea eso y no otra cosa. Las personas y los Estados que no entienden la naturaleza de las cosas, (los “tabúes”); que no se adaptan al medio, a la situación en evolución, para influirlo y ser influidos, viven fuera de su circunstancia, del mundo, de la realidad. Viven en el autismo (las utopías) de su propio egoísmo, se miran el ombligo y no tienen porvenir, (se evaden por los mitos), carecen de visión estratégica. No tienen conciencia del “largo plazo” ni de la “ola profunda”.

Las “guerras civiles” argentinas son consecuencia de los citados desconcepos.

Esas guerras ocuparon los siglos XIX y XX. En el XIX, a través de combates francos, abiertos –como Pavón, Cepeda, El Gamonal, San Ignacio, Pozo de Vargas... La Verde- y así...podríamos llenar páginas. En el siglo XX, los golpes de estado reemplazaron aquellos combates campales.

La Argentina vivió en la descomposición continua de un “sistema político” endeble, ajeno a nuestra cultura y malversando el escaso Estado-Institucional que pudo construir.

La incompatibilidad del “sistema cultural-social” hispano-criollo (la Argentina Tucumanesa) con el “sistema político”, consagrado en el Estado Institucional, copiado de la tradición borbónica-anglosajona-mercantilista, *produjo el conflicto interno*. Hubo que imponer la *civilización* con garrote. Erróneamente se la vio como alternativa de la cultura heredada.

Allí estuvo centrado el conflicto mal llamado “guerra de la organización”. En él, el hombre de a caballo, que venía de la profundidad del país Andino-Pacífico, traía en su tacuara una consigna: *“Religión o Muerte”*. Aquellos paisanos se sentían agredidos en su cultura. Paradójicamente, provenían de la incipiente Argentina industrial-minera. El nombre del país, el patronímico Argentina, tiene el mismo origen que el de aquellos jinetes. Allí está la Patria, los padres y el pasado glorioso, en pos de la Nación, que es nuestra meta.

Hemos trazado la viñeta del origen de nuestras crisis, proyectadas a nuestros años '80. También hemos dicho que cuando se agota la autoridad y el poder, hay que emplear la fuerza. Nos llegó la guerra en el '82 y la Fuerzas Armadas argentinas, por primera vez en la historia, fueron derrotadas en combate. El debilitado cuerpo social no soportó a su medio ambiente.

Venían invictas, como lo dice aquella poesía: ...”*la bandera argentina nunca fue atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra...*”. Ya no podemos repetir aquello.

¿Por qué vinieron las guerras? La cultura débil no corrige sus errores. La culpa siempre está en “el otro”. El individualismo piensa en el yo y se olvida de las circunstancias. La Argentina quiso vivir fuera del mundo. Construyó su utopía. Desarrolló una sociedad mitómana. Fue *“amiga de todos y aliada de nadie”*, como lo señala Ferns. Por eso durante mucho tiempo no tuvo adscripciones ni alianzas a nivel mundial; no se sabía donde estaba parada, si era amiga, enemiga o neutra.

En 1989, un año extraordinario, sorpresivo, terminó la última guerra mundial, la “guerra fría”. Para muchos argentinos es una novedad, porque les pasó frente a la nariz y no la vieron. Duró 43 años, fue la primera guerra mundial en ambiente nuclear, una guerra diferente y muchos argentinos aun la niegan. Tampoco se dieron cuenta que nosotros la vivimos dramáticamente.

La guerra es un hecho político y consecuentemente cambia, en su naturaleza y formas, con la evolución de la situación internacional y en función de la naturaleza de los medios tecnológicos. En el Hemisferio Norte había arsenales nucleares, en el hemisferio sur, no. En el Norte hubo paz, porque funcionó la disuasión nuclear. A esa paz se la llamó: *“Paz del terror Nuclear”*. La opción estratégica imperante era la de la “mutua destrucción asegurada”. Mientras tanto en el Sur éramos arrasados por una agresión terrorista-revolucionaria, sorpresiva, “no convencional”.

A partir del '79 Reagan cambió la opción estratégica con actitud ofensiva, que había acumulado unas 30 mil ojivas nucleares en ambos lados de la cortina, *por una actitud defensiva*, fundada en un escudo láserico en el espacio exterior, que inutiliza 37 años de acumulación de producto bruto soviético para conseguir su arsenal disuasor. Los rusos vivían y trabajaban para sostener su arsenal nuclear. El esquema de la mutua destrucción asegurada se basaba en un sistema computarizado desplegado en silos subterráneos, fortalezas en vuelo y submarinos nucleares apoyados en los fondos oceánicos, alistados para un primer golpe devastador.

Con el acceso de Carter al poder, la Comisión Trilateral, inspirada por S. Brezezinsky y conducida por D. Rockefeller, intentó un gobierno mundial a través de un “socialismo diversificado”. La costa del Pacífico, en EE.UU., reaccionó con “la nueva derecha”. Reagan accedió al poder.

La URSS había cercado a China, ocupando Afganistán, Vietnam y Siberia. Los chinos se sintieron ahogados y lograron ser reconocidos por Washington. Inmediatamente los rusos reaccionan y ocupan el Cuerno de África, Angola, Mozambique y Guinea. Controlan la yugular del petróleo, las rutas hacia Japón, Europa y Estados Unidos y saltan por primera vez desde Cuba al continente, a Nicaragua, con los sandinistas.

En Estados Unidos se produce la reacción de un grupo de intelectuales, organizados como “Grupo de Santa Fe”. Eligen a un ex gobernador de California, actor de Hollywood, con facilidad para desarrollar un nuevo discurso político –Ronald Reagan- y le entregan la posibilidad de salir del juego ofensivo de la disuasión nuclear. Lanzan una opción muy importante, **-que conlleva la necesidad de sostener a Margaret Thatcher en Inglaterra** –quién tenía sólo el 10% de la opinión pública a su favor, después de haber vendido la flota de superficie, el emblema del imperio-. Reagan necesitaba reinstalar en Europa los misiles de corto y mediano alcance, que habían sido retirados por James Carter. La única potencia europea que aceptaba el retorno, era el Reino Unido. **Allí surge la necesidad de un “hecho político-estratégico”**: se planifica una guerra y se logra una victoria. Thatcher adelanta las elecciones después de la victoria y las gana. Se recupera el control del paso oceánico sudafricano. Cuando la Comisión Trilateral impuso los derechos humanos sobre el “apartheid” en Sudáfrica, la respuesta de ese gobierno fue retirar a los americanos la base naval de Simons Town, donde estaban los sensores que controlan el paso de los petroleros y los submarinos nucleares. Los asentamientos de reemplazo de los sensores electrónicos para la detección de los submarinos nucleares, se reinstalarán en las islas Juan García, Asunción, Malvinas y de Pascua.

Era necesario sostener en las Is. Malvinas a una potencia “confiable” y Argentina no llenaba esa condición.

(Por esa razón me detuve largamente en nuestra crisis histórica) Además, se estaba en las preliminares del lanzamiento de la “Iniciativa de Defensa Estratégica”, comúnmente conocida con el nombre de “Guerra de las Galaxias”. Ello exigía el despliegue de un sistema láserico en el espacio, con bases terrestres de control y con cañones de láser químico, para asegurar la destrucción en vuelo, en el espacio exterior, de las ojivas dirigidas sobre Occidente. Este sistema de defensa inició su etapa de prefactibilidad a fines del ’81. Se hizo un ensayo de prueba, con la presencia de los agregados militares rusos, en Alaska. Los soviéticos, ante ésta innovación tecnológica, debían contar con una inmensa capacidad de capital, para investigación y proveerse de un sistema similar. Esa posibilidad económica les era imposible. Recurrieron a Mijail Gorbachov, que lanzó la Perestroika y el Glasnot, buscando la transformación de la estructura económica soviética. En el intento estalló por implosión el “sistema político cerrado”. Dos años después, en el ’91, se resquebrajó y fragmentó la URSS.

La guerra de Malvinas se dio en este marco estratégico.

La guerra no fue iniciada por Argentina, como algún legislador lo ha afirmado aquí, hace unos días. En Malvinas se produjo un típico “incidente provocado”. Un “detonante de crisis”. Un grupo de chatarreros argentinos, con un capataz, desembarcaron en las islas Georgias. Habían comprado una vieja instalación ballenera, para su desguase. Contrataron un barco de la Armada Argentina para el transporte del personal y carga del material. Tenían todos los papeles en orden, incluso la famosa “White Card”. Al día siguiente de haber llegado al lugar, un buque de la armada inglesa, el Endurance, apunta sus cañones a los trabajadores y les ordena retirarse. El Presidente argentino, de un gobierno militar “de facto”, había sido

invitado unos días antes por Washington, donde le habían dicho que era un “General Majestuoso”, con lo cual se “sobrentendió” que se contaba con el apoyo de Washington. Pero Washington era el principal beneficiario de la operación en curso. Se descontaba la airada respuesta del gobierno militar a la provocación. El objetivo era mantener a Inglaterra en las islas y a Thatcher en Londres –la Argentina en esos días presentaba ante el Comité de Descolonización de la ONU la cuestión Malvinas, para luego ser llevada a la Asamblea General-. El *incidente* causó los efectos esperados: la Argentina reaccionó poniendo al Bahía Paraíso en posición ofensiva, se inició lo que en lenguaje estratégico se llama un “*manejo de crisis*”.

Londres podía hacerlo, Buenos Aires no.

La crisis es un pico de agravamiento dentro de un conflicto existente. Su control exige la intervención de especialistas experimentados, *que no habíamos preparado y que hoy tampoco existen*. Las crisis estructurales que nos agobian, lo impiden.

Inconscientemente la Argentina escaló la crisis a una guerra limitada, imposible de ganar.

La NATO, comprometida en el cambio de la opción estratégica frente al Imperio Soviético, no podía sufrir un traspasé.

La Argentina, agraviada por un atropello armado, no podía rehuir la responsabilidad de responder la afrenta y no contaba con los medios para hacerlo.

La Carta de las Naciones Unidas prohíbe, en su artículo 2, inciso 4, el uso de la fuerza en la resolución de los conflictos, *pero permite la defensa frente a un agresor*.

Por eso es importante determinar quién es el agresor.

La Argentina fue agredida y en lugar de controlar la crisis la escaló, por carencia de especialistas, por carencia de Estado. Nosotros aún hoy no hemos comenzado a capacitar a nuestros especialistas en Ciencias Políticas, en Relaciones Internacionales, a los oficiales del Estado Mayor de las FF.AA., para que conozcan el “abc” de la organización de un Estado moderno, en lo que hace a Defensa Nacional.

Por eso estamos en incertidumbre estratégica absoluta, en estado de indefensión “inconsciente”.

Tenemos una imposibilidad legal para acotar los riesgos. La misma legislación de Defensa vigente lo impide. Ya no habrá guerras totales. Como ya lo señalamos, desde de la Segunda Guerra Mundial las guerras son limitadas o muy limitadas.

Hemos enfrentado a las dos variantes, sin Estado, sin planeamiento estratégico, sin inteligencia estratégica y no hemos digerido las derrotas.

La del Atlántico Sur fue una guerra convencional limitada, es decir, *una negociación diplomática acompañada con una acción de fuerza*, en la que el agresor se autolimita. Gran Bretaña limitó el espacio con la zona de exclusión, su capacidad de fuego y el tiempo. No usó todo su potencial. Cuando la negociación lo exigió, quebró el límite y hundió al Crucero “Grl Belgrano”.

La “otra” guerra, “*la muy limitada*”, está fuera de la Convención de Ginebra, es la que libramos contra el “terrorismo revolucionario” y la que está hoy en acto en América del Sur, impulsada por “el narcoterrorismo”; aunque haya entre nosotros quienes tampoco quieren verla.

Las islas fueron tomadas por la fuerza por Gran Bretaña en 1833, con la “Lexington”, una embarcación americana. Expulsaron a los argentinos y se implanta población británica. Pedir

que esa población implantada por la fuerza tenga derechos, es un sin-sentido total. Sin embargo ese es el fundamento utilizado por Gran Bretaña en los estrados internacionales.

Hay que dejar de lado la aproximación comercial y empezar a tratar políticamente la usurpación. Para ello la Argentina debe construir sus alianzas. La confiabilidad está en las instituciones y en las alianzas estratégicas. La definición política exige credibilidad y confiabilidad.

La negociación por Malvinas y las Islas del Atlántico Sur, deberá hacerse con el apoyo de América del Sur y debe ser condición insoslayable para el ingreso al ALCA.

No podemos relacionarnos en alianza, con el Norte, mientras una potencia europea retiene una colonia en América. Hay un resto colonial en el Atlántico Sur, a pesar de la Carta del Atlántico y de la ONU y ello debe preocupar a EE. UU., que exigió su firma.

Sin embargo somos concientes que si la Argentina no da un giro copernicano en la recuperación de su identidad, de su cultura y ética perdida y en la rehabilitación del Estado; no saldrá de su proceso de crisis permanente y creciente.

Desde un punto de vista estrictamente estratégico, *la situación interna se agravará a nivel de una posible disgregación social.*

No hay indicios de esa recuperación cultural y ética; de la identidad perdida, de las Instituciones.

El sistema político, absolutamente degradado, no se corresponde con el sistema social y ambos impiden el desarrollo de la economía.

Es imposible sostener un sistema económico, sin recuperar la cultura expansiva y un sistema político consolidado y estas carencias tienen una consecuencia grave desde el punto de vista estratégico: el conflicto social violento.

La Guerra del Atlántico Sur es un hecho histórico pivote en nuestra historia contemporánea.

Allí terminaron las recurrencias a los “golpes de estado” y el sistema político, por primera vez en nuestra historia, **deberá recomponerse desde sus propias entrañas.**

Es un punto de inflexión y está en nuestras manos orientar el rumbo hacia una dirección contraria a la que llevamos.

La “Primera Argentina”, la “Argentina Agropecuaria”, está agotada.

La Generación Malvinas deberá asumir, en corto tiempo, el timón de una Nueva Nación, de una “Segunda Argentina”, integrada al continente y de perfil posindustrial.

En el cierre de mis palabras, quiero rendir mi homenaje a los centinelas que guardan nuestra soberanía desde la profundidad del Océano o desde los turbales de la Islas Malvinas.

En nuestro permanente recuerdo y en el esfuerzo diario para superar nuestros graves errores, está la retribución que debemos a la gesta que protagonizaron.